

LA SEMANA Cómica

Director: J. Fernández de la Higuera



15 céntimos

A. Figueras



NUESTRAS ACTRICES, por Renau



Carmen Muñoz

Ayuntamiento de Madrid

LA OTOÑADA

Al Doctor Sangredo, el sabio microbiólogo culto é ingenioso literato Luis Comenge.

EL EQUINOCCIO

Las veletas de los campanarios apuntan hacia el Mediodía en señal de lluvia; un tropel de vilanos, que semejan diminutos erizos con alas, vuela desde las castañeras anunciando agua segura; las codornices aturden los aires gritando á voz en cuello: «¡que va á llover!... ¡que va á llover!...» y poco á poco la luz palidece, el horizonte se entolda, las nubes se sueldan y el azul del cielo se oculta detrás de las blancas vedijas del nublado.

Aún no se le oye rugir, pero el temporal se echa encima á toda ráfaga. Ya los picachos más altos de la sierra se han calado su montera de nubes; el viento se viene silbando por quebradas y barrancos en busca de hojas secas; los pajarracos del Norte bajan de las regiones polares huyendo del frío; el humo de las chimeneas asciende con dificultad por el espacio, que el valle tiene ya puesta su techumbre de nieblas; el mar se pica y se tiñe de ese color verde bilioso que toma cuando se enfurece, y el ganado, que pasta en las dehesas, agacha la cabeza, esconde el rabo entre las patas y no hace más que olfatear el aire, como diciendo para su capote: ¡no va á ser turbonada la que nos va á caer sobre las costillas!

Hélo aquí; las nubes se desgajan; el aguacero se convierte en diluvio; el huracán se desata rugiente y sacude sin piedad á la lluvia; el oleaje se encrespa, se ennegrece, se arremolina y va á estrellarse contra las rocas de la costa; crecen los ríos amenazando desbordarse; se doblan los árboles hasta parecer romperse; es el equinoccio que llega. Pero las reses están en las majadas; los granos en las trojes; las uvas en los lagares, y de pronto brilla en las campesinas viviendas la alegre llama con que los labradores saludan la venida del turbulento huésped, prendiendo fuego en el hogar á la primera carga de leña.

LA LLUVIA Y LOS CRISTALES

—Tic... tic... tic... tic... Encajad bien las fallebas, amigos cristales, que ya estamos aquí para bordaros vuestros lomos transparentes de hilos de gotas.

—¡Hola, bien venida la lluvia!... ¡Caramba, ya era tiempo de que la segura cesase!... A nosotros todo se nos volvía preguntar á los canalones y á los aleros: ¿Qué

hay de la borrasca?... ¿Han dicho algo las veletas?... Pero nada sabían... Creímos que este año nos dábais mico...

—¡Imposible!... Nosotros no podemos dejar nunca de acudir á besaros por ahora... ¡Pues si os consta de siempre!... El golpeo de la lluvia en los cristales y el crugido de los sarmientos que se prenden en el hogar, es el duo obligado de la estación que corre. El rumor de mis gotas es la música del otoño. Y dime: ¿qué tal ha sentado nuestra llegada?...

—Muy bien: sobre todo los olivos, que ya andaban mustios, y las cepas, que estaban alicaidas, se han alegrado de veras; aquí en casa te esperaban, pues el amo preparó una buena de leña en el hogar y hoy al cerrarnos dijo de muy buen humor después de mirar al cielo: «¡Gracias á Dios que lo hace solano!»

—¡Pues no sabéis lo que me complacen tales noticias, cristales!... ¡Y poco que gozo yo en las noches en que resbalo por vosotros, atisbando el interior de la cocina, iluminada por las llamas del fuego, y rodeado el fogón de hombres que arreglan y reparan los aperos, y de mujeres que hilan y cosen!... Yo, cayendo lentamente, golpeándolos con monótono son, les voy cerrando los párpados é imbuyéndoles el sueño, y cuando se van á la cama me creo la lluvia más feliz al considerar que he contribuido á que se duerman y descansen.

—Los campesinos te quieren mucho, lluvia... Nuestro amo no se acuesta jamás sin acercarse á nosotros á ver qué tal queda la noche, y al sentirte caer murmura regocijado: «¡Que llueva, que llueva!...»

—Tic... tic... tic... Pues ya empezó de nuevo mi faena, cristales... Ya sabéis que la lluvia os aprecia y que no os faltarán sus gotas...

—¡Ni á ellas nuestro torso para explayar-se, y bien haya el otoño que te ha traído!

LA ELEGÍA DE LOS ARBOLES

¡Ayer frescos, rozagantes, orondos, adu- lados por la brisa, llenas nuestras copas de nidos, atestadas nuestras frondas de pája- ros, y hoy mustios, lacios, sacudidos por el huracán, sin nidos en nuestras ramas, sin pájaros entre nuestras hojas!...

La savia apenas si circula ya por nuestras fibras; tenemos el tronco atacado de gota, y en vano el sol nos calienta todavía con

sus rayos. ¡Ah!... ¡el sol es un astro muy decente!... Siquiera él no nos niega sus favores en la adversidad; ¡pero el viento... el viento, que tanto nos mimaba en la opulencia, es el primero que nos despoja ahora de nuestras vestiduras, dejándonos en ramas cuando más nos agobia el reuma!...

Rara es la tarde que no nos amputan algún brazo los leñadores; por si no era bastante la humedad que nos balda y la escarcha que nos hiela, el hacha nos amenaza de continuo con cercenar nuestros miembros más rollizos.

¡Paraos, pasajeros; deteneos un instante en las lindes del camino; no nos abandonéis en la soledad que nos abruma! ¡Nosotros, escuetos y descarnados, somos los que en el Estío os dábamos grata sombra con el dosel de nuestras copas. Compadeceos de la vejez: hemos perdido las yemas; se nos han secado los botones; nos han huido las aves; todo se lo ha llevado el Otoño, dejándonos la esperanza la esperanza de que ya nos devolverá más adelante la Primavera lo que él nos quita. ¿Pero y el que caiga á los golpes del hacha? ¿Y el que se abra entre los hierros del hogar? ¿Y cómo defendernos del frío durante el invierno?

¡Pasajeros, una limosna de ramaje, para estos pobrecitos árboles desnudos!

LO QUE MURMURA EL VIENTO

Huuuu... Yo soy el viento de las leyen-

das, el que se viene gimiendo melancólico por las cañadas en cuanto comienza el mal tiempo; soy el hijo del Otoño y el amante de la lluvia. Mi habitación predilecta es los tubos de las chimeneas, y desde allí me complazco en soplar las brasas de los hogares y en arrancarles manojos de chispas.

Soy el terror de los chicos levantiscos y el auxiliar de las madres ingeniosas. Cuando los pequeños no quieren dormirse, me acerco á las ventanas, hago huuuu... con misterioso quejido, y no queda un muchacho que no coja el sueño. Yo soy el sér más libre; me cuelo por todas las rendijas, me meto en todos los agujeros y me paso toda la noche silbando, asustando á las viejas medrosas, dándole serenata á la luna y apagando candiles, que son mis enemigos irreconciliables. Velo por las lumbres de los pastores, traigo los nublados cuando conviene y me los llevo cuando no hacen falta. ¡Y todavía hay quien me calumnia y me llama ingrato!... ¡Voces de cuatro árboles canijos y tronados!

UN TELEGRAMA DE OTOÑO

Eclíptica, en el espacio: He llegado á la tierra; aquí rige sistema métrico decimal; el Sol entra en Zodiaco por Libra; varíese signo y entre en lo sucesivo por medio kilo.—Otoño.

ALFONSO PEREZ NIEVA

¡Sta. BÁRBARA... QUE TRUENA!

I

En una villa ó lugar
que estaba ahora recordando,
cuyo nombre diré... cuando
lo acabe de recordar;
(aunque sé, y esto bastaba,
que está... lejos de Jerez)
pasó este cuento una vez,
según allí se contaba.
(Y no me quieran culpar
por si es invención ó no;
porque, al fin, si no pasó,
lo mismo pudo pasar).
En el pueblo, que tenía
por patrón á San Miguel,
sucedió que el año aquel
ni por milagro llovía.
En vano los cosecheros,
cuando las nubes pasaban,
aguardaban y aguardaban
los ansiados aruaceros
Se iban las nubes volando
como una niebla deshecha,
y, entre tanto, la cosecha
se iba secando, secando...
Al principio, claro está,
nadie en el santo pensó,

y si alguno se acordó...
el santo se lo dirá;
(porque en esos lugares,
hasta que llega el espanto,
sólo se acuerdan del santo
para echarle maldiciones).
Mas, cuando la gente se iba
causando ya de esperar,
les ocurrió en el lugar
hacer una rogativa.
Reunió el Ayuntamiento
á los vecinos (¡de Balde!)
habló, ó cosa así, el alcalde
iniciando el pensamiento,
y acordó la población
que para ver si llovía,
ya que era barato, había
que hacer una procesión.
Admitido ya el proyecto
sin el menor incidente,
se pasó, seguidamente,
á discutir el trayecto;
y aquí ya hubo algunas riñas,
y palos y malos modos,
porque deseaban todos
que pasara por sus viñas.
Pero, por fin, avenidos
hasta los más exigentes

y calmados los valientes
y curados los heridos,
se nombraron de igual modo
los cargos de más valía,
y para el siguiente día
quedó preparado todo.

II

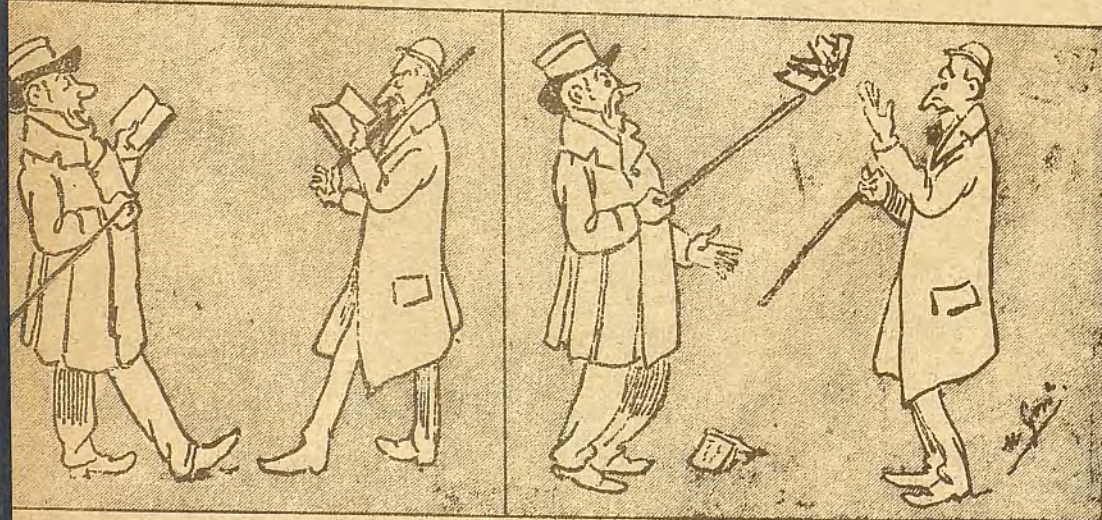
Llena de mística unción,
al clarear la luz primera,
la población, casi entera,
formaba en la procesión,
que con su extraño atavío
de estandartes y pendones,
se dirigió á Los Rincones
después de cruzar el río.
Orgullosa y satisfecha,
cerrando el cortejo aquel,
y llevando un San Miguel
apoyándolo en el pecho,
marchaba el tío Crisanto
con la cabeza vendada
por mor de una trompicada
por querer llevar el santo;
y suda que sudará,
aunque el santo le pesaba,
el hombre se pavoneaba



Allá va Don Abdon
dando vueltas y vueltas al bastón.



Y viene D. Senén,
dándole vueltas al bastón también.



¡Puede causar á veces desazones

el voltear en la calle los bastones!



—¿Y tu marido?— Ha salido,
dejándome en libertad.

—¡Qué posma es!— ¡Y que aburrido!
Me revienta mi marido!

—(Pues mira, va á ser verdad).

junto al alcalde y demás.
Y sucedió que después
que, en marcha la procesión,
dejó atrás la población
y se entró campo á través,
fuera que el tiempo ya estaba
para llover aquel día,
porque para una sequía
con lo que había bastaba;
ó fuera, quizá, que el santo

había un milagro obrado
(que yo nunca lo he tratado
y no puedo decir tanto)
el caso es que, justamente
cuando en las viñas entró
la procesión, empezó
á llover copiosamente.
Fué tan grande la alegría
de los pobres campesinos,
que hasta los pueblos vecinos

oyeron la gritería.
Hasta el buen tío Crisanto,
al ver colmado su anhelo,
tiró el San Miguel al suelo
y mirando luego al santo,
de alegría delirante,
exclamó de esta manera:
—¡Que cargue con tú el que quiera,
que yo ya tengo bastante!
MARCIAL DE LOS RÍOS.

UNA DAMA DESPECHADA ⁽¹⁾

Cuando el cuerpo llevabais las señoras
encerrado en corsés de grande altura,
que eran por su figura
prendas encubridoras
de escaseces muy poco seductoras,
¡oh, adorable Sofía!
tú andabas á tus anchas noche y día,
ocultando los miseros efectos
de la tacañería
que mostró por su parte
la *sabia* Providencia al engendrarte.

Mas hoy, que ya las modas han variado
y lo que era coraza bien cumplida
su altura á la mitad ha rebajado,
andas comprometida,
sin saber lo que hacer ante la gente,
por seguir ocultando con decencia
que tienes en un sitio tan patente
más bien concavidad que prominencia.
¡Por crédulo merezco cuatro tiros!
¿Conque aquellos suspiros
que decías que en corto y por derecho
lanzabas de tu pecho,
de tu pecho en verdad no los lanzabas
porque no le gastabas?
¿Conque aquellos golpes que ante un Cristo
en el templo de Dios con fe te dabas
no eran golpes de pecho, por lo visto,

pues nadie se entretiene
en golpear con fe... lo que no tiene?
¿Conque no es un infundio de la fama
que has gastado á tu padre una fortuna
(ó quizá más de una)
en algodón en rama,
cuando no en alambreras
airosas y ligeras
como esos cubre-plateos
que á las moscas les dan tan malos ratos?
No me importa un comino
la escasez de la carne sobre el hueso;
¡quien no tiene flaquezas en el mundo!
Pero me ha dado rabia, lo confieso,
que me hayas engañado como á un chino
escondiendo tus líneas incorrectas
y haciéndome ver curvas donde hay rectas.
Esto causa mi enojo más profundo.
Vete á paseo, pues, mi bien querido,
y da muchas memorias á Cupido.
Pensando en el defecto noche y día,
con el origen del defecto he dado,
pues, según su nodriza me ha contado,
á la pobre Sofía,
por falta de intereses,
le quitaron el pecho á los diez meses
¡y no lo ha recobrado todavía!

JUAN PEREZ ZÚÑIGA

LO DE SIEMPRE

Y de la sombra á la luz:
desde el mendigo al monarca;
cada vicio con su marca:
cada martir con su cruz.

ECHEGARAY.

¡Bien! ¿Ya estamos en el trance
de ir pidiendo pareceres?
Pues hija mía... ¡que quieras!
Yo lamento tu percañe.

Mas no juzgo procedente
que cuando uno está apurado,
dé patente de abogado
á todo bicho viviente.

Y que, á lo mejor, sin que halle
causa que lo justifique,
cuanto le pasa... lo explique
al primero de la calle.

Y que con cierto rubor
salga con aquello de,
«Le voy á pedir á usted
un consejo, por favor.»

Acaso en tu juventud,
que á su término ya toca,
fuiste, mi bien, una loca
con *pitillos* de virtud.

Y sin pararte á pensar
si errabas ó no el camino,

te arrojaste al torbellino
gritando alegre: ¡á gozar!

Y en el vórtice violento
de eso que llamamos vida,
te encontraste confundida,
sin llegar tu pensamiento
á vislumbrar otra cosa
que realizar su manía
de ir á buscar la poesía
donde sólo había prosa.

Mientras todo ha ido bien, muda
tu lengua ha permanecido.
Avanzaste... ¡te has caído!...
y ahora pides ayuda.

Si en esto sólo se empeña
tu alán, no seas con él;
ya eres el árbol aquel
del que todos hacen leña.

Mas si tan confiada estás
y seguir tu plan prefieres,
pide... limosna si quieres,
pero consejos, jamás.

Pues uno solo al pedir,
algo habrás de revelar
que nada le ha de importar
al que lo hayas de decir.

Y más si le hablas de penas,
ya que nadie está obligado
á pasar ningún cuidado
por las desdichas ajenas.

La razón en que me fundo
podrá parecerte mal,
pero es lo más natural,
tal como se ha puesto el mundo.

Sufra quien deba sufrir;
cada uno ocupe su puesto,
que apesar de todo esto,
para aprender á vivir,
previsión, chica, ya sé
que debe tenerse mucha...
Pero es antes de la lucha;
después de ella... ¡no hay de qué!

J. LAMBERT.

(1) Del libro *Guasa viva*, que acaba de publicarse.

AGUINALDO

A mi antiguo y buen amigo Antonio Carralón de la Rúa, secretario del Presidente de la República Argentina

No te invito á rezar, querido Antonio;
pero al ver acercase un año nuevo,
hagámosle la cruz como al demonio.

Son muchos ya los que á la espalda llevo,
y tampoco los tuyos son escasos
por más que á numerarlos no me atrevo.

Recuerdo, sí, que en mis cabellos lasos
apuntaban las canas prematuras,
signo quizá de andar en malos pasos,
cuando, ávido de gloria y de aventuras,
como el Manchego Hidalgo, tú salías
de malsines en pos y ferosuras.

¡Ay, Antonio! ¡qué noches, y qué días!
La fiebre trasformada en indolencia,
el ayuno mezclado a las orgías,
pródigos, si no de oro, de existencia,
de toda autoridad demolidores
y sin más religión que la conciencia,
logramos encumbrar á los mayores,
que nos daban aplausos y sonrisas
guardándose riquezas y favores;
siendo la consecuencia á estas premisas
que mientras ellos adquirieron fraques,
nos quedamos nosotros sin camisas.

¡Tiene la humanidad estos achaques!
Alguno que al pavés subir hicimos
nos llamó en ocasiones badulaques.

Por senda diferentes luego fuimos,
y hoy que lejos del suelo nos hallamos
donde, como las plantas, florecimos;
hoy, que hacia la vejez marchando vamos,
y al vernos en la altura en que nos vemos
yo no sé si perdimos ó ganamos,
bien es que aquellas horas recordemos
en que la juventud á manos llenas
nos brindaba sus goces más supremos.

¡Horas de lucha, y á la par serenas!
Aun de vuestros encantos la memoria
es lenitivo y bálsamo á mis penas,

y no hay ni puede haber mundana gloria,
ya se llame fortuna ó poderío,
ya se escriba en el alma, ya en la historia,
que yo no diera en dulce desvarío
por renovar los sueños que llenaron
de amor y dicha nuestro hogar vacío.

Pero ¡ay! cuando su nido abandonaron,
no vuelven las perdidas ilusiones,
aves de paso que al volar cantaron.

En cambio, á ennegrecer los corazones
vienen las sierpes del dolor sañudas,
los gusanos del odio y las pasiones,
los buitres del engaño y de las dudas,
y las movibles larvas del desco,
más horribles cuanto más desnudas.

¡Yo, Antonio, lo sé bien; yo que peleé
treinta años ha, sin tregua ni reposo,
y apoyado en la tierra, como Anteo,
contra lo vil, ridículo y odioso
de este mundo que el hombre empequeñece
y Dios hizo tan grande y tan hermoso!

Por eso, viendo el año que amanece,
la tristeza mi espíritu domina,
y mi cariño á lo pasado crece.

El sol de la esperanza ya declina;
un punto más, y en el ocaso hundido,
vendrán las sombras á envolver su ruina.

En tanto, y mientras logro del olvido
sacar triunfantes mis recuerdos gratos,
¡el único caudal que no he perdido!
déjame que bendiga aquellos ratos,
y tu buena amistad celebre y cante,
para dar ese ejemplo á los ingratos.

Y desde el año nuevo en adelante,
del Rhin al Plata, del Garona al Segre,
¡el que nos quiere mucho, que se alegre;
el que nos quiera poco, que se aguante!

MANUEL DEL PALACIO

PARA QUE ALMUERZE EL REY

I

Hace veinte años hubo en España, según dicen, una invasión de la democracia. Es decir, que la democracia invadió á España. Algo ocurrió, seguramente, porque, aunque los ricos continuaron, en su mayoría, siendo groseros y viciosos, hubo la novedad de que la clase media se apropió (y sigue usando) del derecho á ser tan viciosa y tan grosera como la aristocracia.

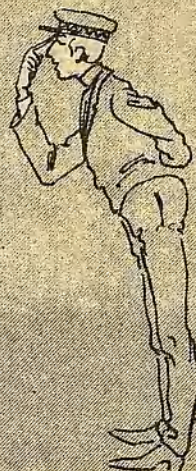
Yo aplaudo esas revoluciones, que si no aumentan las fuentes de riqueza, producen nuevas fuentes de barbarie; y como la barbarie lleva á la negación, creo que pronto llegaremos á la nada. Soy tan amante de la sociedad, á la que estoy profundamente agradecido, que mi mayor placer sería que la enterrasen en mi ataúd. Así ella y yo seríamos polvo al mismo tiempo.

Pues en aquella época—hace veinte años—tuve necesidad de comprar unos pantalones; conque me fui á la sastrería que era entonces más célebre entre los aficionados al ornato exterior de su persona.

Me hicieron los pantalones bastante bien hechos. Creo que sería bastante porque me costaron doscientos reales, (entonces se contaba por reales, y se contaban más reales que ahora céntimos de peseta). A haber costado cien duros hubieran estado mejor hechos, porque ya saben ustedes que en los pantalones, en los libros y en los lacayos lo que se paga siempre son las hechuras.

Cuando fui á recoger el pantalón, iba aleccionado por mi económica esposa. (No crean ustedes que mi esposa es económica porque sea pequeñita; es, con satisfacción de mi gusto, una real moza; pero es hacendosa, y esta es la palabra que no puse antes por obedecer á una ley del sonido). Como

B.L.M.
Al Sr. Director de la Escuela
Cómica y va a tener el gusto de
decirle cómo se hace un periódico
de lo de ahora, su affmo. S.
A. Figuer



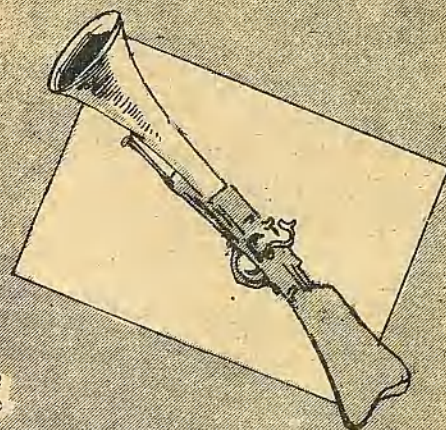
Y decide emprender el
negocio; para lo cual
cuenta con un capital respetable.



Lo primero naturalmente es buscar
unos cuantos redactores.



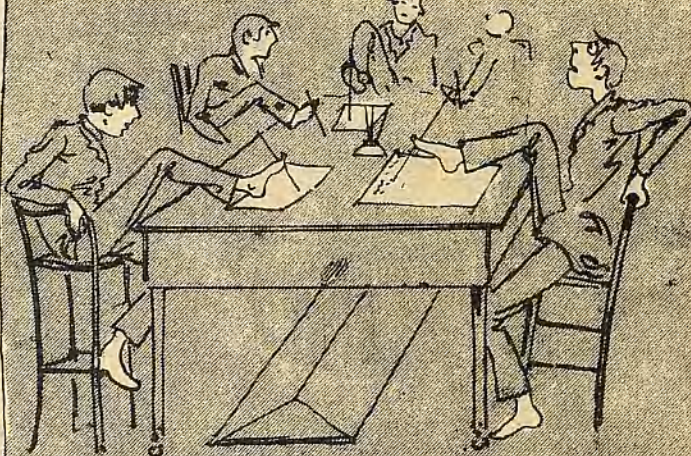
¿Qué se encuentran? Bueno... ¿Que no?
Pues a la vista está el modo de procurarse
buenos escritos



y de agenciarse excelentes dibujos.

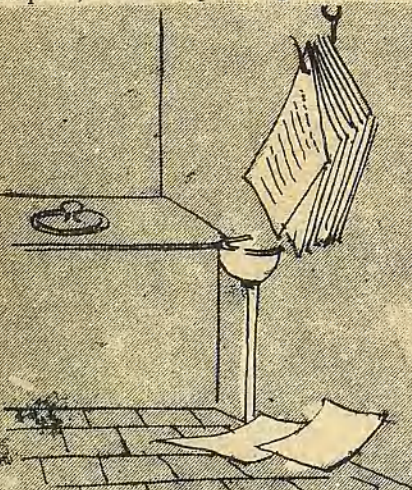


Se levanta un día de buen humor el niño de las de Tolili y
claro está! o primero que se le ocurre es sentirse periodista.



Una vez la redacción en el ejercicio de sus funciones,

Aunque en este punto determinado, (y esto lo diga
aquí para que nadie se entere) uno de los que más han
delinquido, ha sido el que ut supra se expresa.



Resultado final: que el periódico se ve
solicitado ¡muy solicitado!

TRAPERÍA-20

SE COMPRAN
PAPELES
VIEJOS

y que las tiradas llegan casi siempre a su
verdadero y apropiado destino.



Y ahora, y para terminar...

¡OJO! ¡OJO! ¡OJO!

pronto va a salir
VITIGUDINO Cómico
periódico archi-fenomenal-
linio-joco-serio-bailable

8.492 páginas

Grabados inimitables

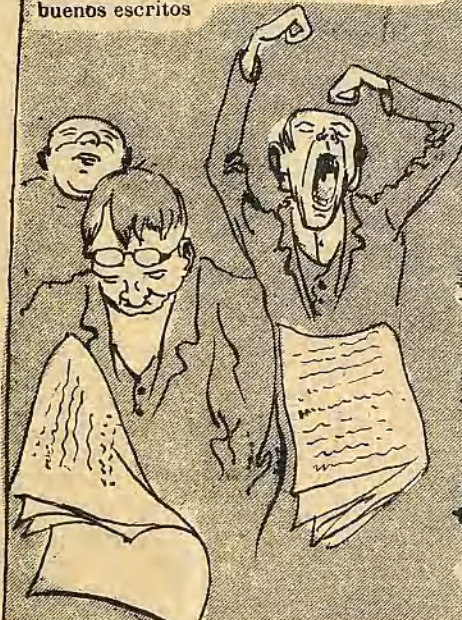
Precio: 25 ejempls. 5 céntimos

Nota: con cada número se
dará a los compradores

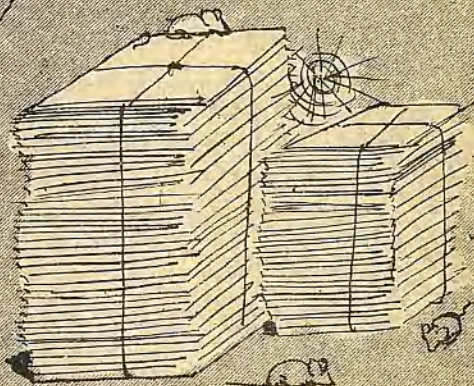
un chocolate y

una guitarra

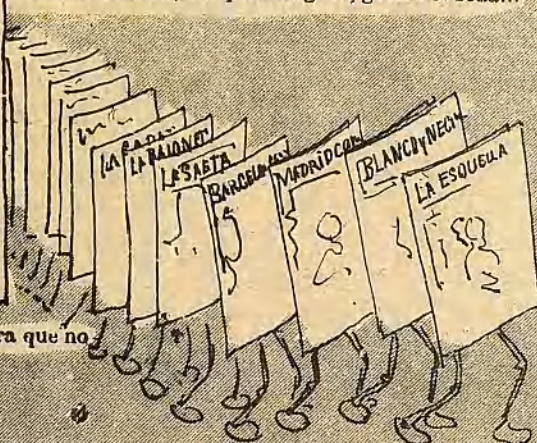
se prepara convenientemente al público para que no
vayan a matarlo la sorpresa y la alegría.



Y efectivamente, el público goza, go..o..o. zaaa...



Aunque hay quien dice que los que gozan
y se solazan son otros.



¡oh, vosotros, compañeros de mi alma, los que tenéis ilustración, ingenio y
cultura, yo os saludo efusivamente! Y en cuanto a los otros...! ¡que el Señor
les perdone, que buena falta les hace!

el paréntesis ha sido largo, vuelvo á empezar la oración diciendo que, aleccionado por mi esposa, pedí al sastre un trozo de paño igual al del pantalón, con objeto de poner unos cuchillos si más tarde *los merecían las perneras*.

Miróme el sastre desde mis piés á mi cabeza, y con el tono más descortés que supo emplearme dijo secamente:

—Aquí se tiran los retales.

Me quedé confuso, salí avergonzado, llegué á mi casa, y usando igual altanería con mi mujercita, dije:

—Sabe que los retales se tiran.

Afortunadamente, mi esposa ha seguido guardándolos.

Poco después me enteré por la señora Benita, que era trapera, de que los retales los guarda un dependiente, como sobresuelo creado por la costumbre.

Aquel sastre de antaño *se perdió por la política*, y hoy su mancebo tiene una sastretería, y... también tira los retales.

—Desengáñate, mujer; todos empiezan pidiendo y concluyen tirando.

Terminada esta advertencia, sigo adelante.

II

Una noche de invierno...

Es una crueldad que las noches de invierno sean largas, y aunque á esto obligue la variedad de declinaciones del sol, aprovecho este momento para protestar de la marcha de los astros.

Hacia las cuatro de la madrugada de una noche de invierno, una mujer joven, flaca, mal peinada y mal vestida mostraba á un niño, cubierto de andrajos, la estatua ecuestre del buen rey Felipe IV.

He dicho *buen rey* con permiso de Quedo, y, además, porque siempre hablo con respeto de los reyes.

—¿Ves ese? Pues también fué rey; pídele dos céntimos y verás como no te los da.

—Tengo frío.

—¡Hijo de mi alma! Ven, que te abrigue.

Y quitándose la loca un mugriento pañuelo de seda que llevaba al cuello, cubrió con él la cabeza y los hombros del pálido niño.

—Tienes frío porque tienes hambre. Y, tú ya lo ves, desde que empezó la noche estamos pidiendo y... nada. Los reyes no dan. Conque, ya ves. ¿Qué dices?

—Vamos á casa. Tengo sueño.

—Tienes sueño porque tienes hambre.

—Tengo mucho sueño.

—Sí, sí. A casa... á casa. A casa no se puede ir porque está cerrada la casa. ¿Abri-

rá la puerta el sereno? O no la abrirá... Y tampoco cenarás en casa.

—Hay pan.

—Pero no está en remojo.

—No importa.

—Sí; no importa; y parece piedra como ese rey que está ahí de espaldas. ¡Qué grande es!

—Y ¿por qué les pides nada si son de piedra?

—Pues... mira tú el otro. Ahí se estará en su palacio, acostadito en su cuna, tan calentito, y tú con frío y con hambre.

Pues su madre habrá pasado para parirlo lo mismo que yo pasé para parirte á ti. Pues ya has visto... digo que tu lo has visto, que al rey que primero he pedido ha sido á él. ¿Y qué? Ya lo has visto. Bien claro se lo he dicho á un hombre que había en la puerta: «Dígame V. al rey que mi niño le pide una limosna para poder cenar.» Y ¿qué hizo?... Pues tú ya lo viste... Nos echó para fuera y me llamó loca. ¡Mira tú que loca!.. Por que pido para tí. Como pediría la reina para su hijo. Pero á mí puede venir á pedirme.

—Tengo sueño.

—Y ya le diría yo: Oiga usted, señora, ¿y qué hizo?..

—Tengo sueño.

—Porque tienes hambre.

—Vamos á casa.

—¿Qué hizo?..

—Anda, vamos á casa.

—Y no digas que también es de piedra.

—Anda, mamá: tengo sueño.

—¿Qué quieres?

—Vamos á casa.

—Vamos, sí, porque tú ya ves que aquí no nos dan nada.

Y madre é hijo se fueron hacia el viaducto por la calle de Bailén.

Pero una hora después volvían á entrar en la plaza de Oriente.

Sentóse la loca en un banco, echóse el niño sobre la fría piedra, apoyó su cabeza en una pierna de su madre y se quedó dormido, que es lo mismo que hacen los pueblos hambrientos cuando aun están en su infancia.

—De aquí no me voy hasta que la reina se despierte.

Y allí se estuvo.

Cuando el sol del nuevo día empezó á llenar de claridad el horizonte, los guardias que hacían servicio en la plazuela empezaron á inspeccionar el estado del orden público en el terreno de su jurisdicción.

—¿Qué hace V. aquí?

—Nada.



—No puede ser menos. Usted pide.

—¿El qué?

—Limosna.

—Sí, señor.

—¿Sin licencia?

—No tengo licencia, pero tengo hambre.

—Con que hambre, ¿hambre?

—Sí, señor; pero no pido para mí, pido para mi hijo. Sí, señor, sí; no mire V. Deme usted un pedazo de pan y verá V. como mi hijo se lo come todo entero.

—Con que, ¿sin licencia?

—Sí, señor; sin licencia. No se necesita licencia para no dar, conque tampoco hace falta para pedir.

—Como hacer falta, hácela.

—Pues yo esta noche he pedido licencia.

—¿Ve V. esos reyes? Pues á todos les he pedido.

—¿Y no dieron nada?

—No, señor. Aquí sólo dan los pobres. Porque el que ha sido pobre sabe lo que es pedir para un hijo.

—Vaya, mujer; no se apure.

—No; yo no; por que ya le he dicho á mi niño: «Cuando tengas mucha hambre, me comes un brazo.»

—Cállese, y no diga disparates.

—Me callaré si V. quiere.

—Yo le doy á V. veinte céntimos...

—¿De veras? ¿Es V. tan bueno?

—Dóilos, pero V. se va de aquí.

—Me iré, sí, señor; me iré.

—Pues, tenga V.

—¿De veras? ¿de veras?

—Pero se larga de aquí.

—Sí, señor.

—¿Tiene V. casa?

—Estoy recogida en la de un pariente.

—Vaya, vaya; pues, tenga.

—Dios y la Virgen Santísima del Carmen se lo paguen á V.

—Gracias, gracias.

—Me voy enseguida. Carlitos, despierta, vida mía; mira al señor y dale muchos besos. Es el único rey de veras que hay en toda la plaza.

—Bueno, bueno. Váyase, y no me altere la vía.

—Me voy; pero Dios se lo pague á V. en salud.

—Gracias.

Y la alegre madre, caminando hacia el viaducto, volvíase á intervalos para bende-

cir al guardia y levantar á Carlitos, que con sus amoratadas manitas enviaba besos á su compasivo protector.

Un cuarto de hora después volvía la loca trayendo un dorado buñuelo.

—Dámelo, mamá, que sí me lo como; que sí.

—Este no.

—Dámelo.

—Tú te los has comido todos. Ya ves que yo no los he probado. Pero este es para el rey.

—No, mamá; para mí.

—Para el rey. Que sepa que los pobres somos agradecidos y no somos miserables.

—Dámelo.

—No llores. Dios da á quien da. Déjame que haga esta caridad.

Callóse el niño, á quien la palabra caridad asustaba.

Fuése la madre á un entreabierto postigo de la puerta principal del Real Palacio, y á un hombre que allí vió entregó el buñuelo, diciendo con arrogancia:

—Déselo V. al rey para que almuerce de parte de mi niño.

El criado, que ya conocía á la mendiga, echóse el obsequio á la boca, empujó á la infeliz madre hacia la plaza de armas y cerró la puerta, riéndose cuanto se lo permitía el buñuelo atravesado entre los dientes.

—¿Lo ves, Carlitos?

—¿Si me lo hubieras dado!... Era el mayor.

—Ya sé yo que lo era. Pues tú ves: cuando al rey no le dan lo que traemos los pobres, figúrate si nos darán á nosotros lo que nos quiera dar el rey. ¿Qué dices?

—Yo, nada.

—Pues yo sí. ¿Ves? Los reyes son buenos y nosotros también, pero hay muchos miserables entre los reyes y nosotros, y los reyes nos parecen tiranos y los pobres parecemos asesinos á los reyes. Por eso, ven á obsequiar al rey, que si él no te lo paga te lo pagará Dios.

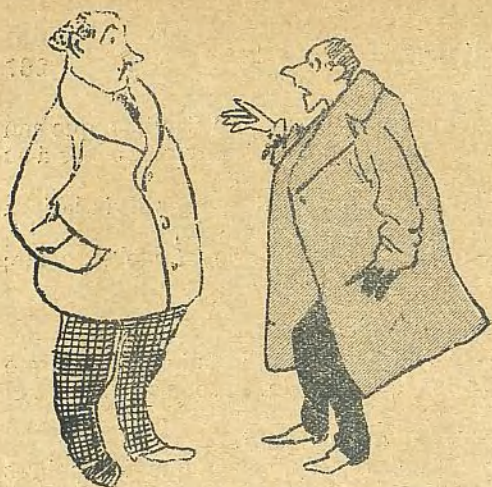
—El rey no se acuerda de nosotros.

—No importa; el día que los reyes llamen á los que viven de su trabajo, iremos hacia arriba con el empuje del hambre añeja y la esperanza nueva.

—¿Y qué?

—Áplastaremos á esa canalla ignorante que llena de lágrimas los tronos y las chozas.

SILVERIO LANZA.



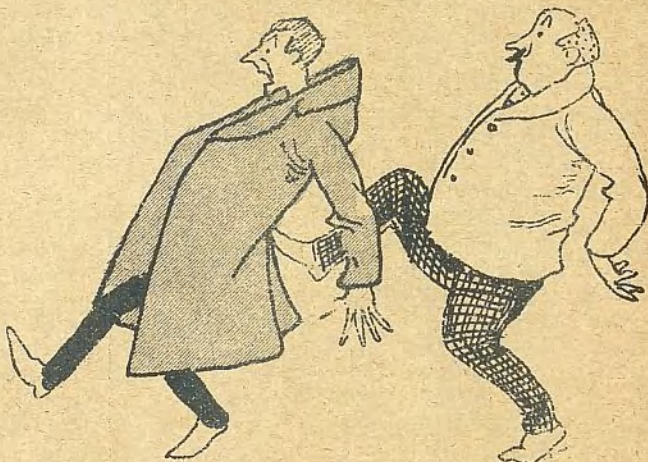
—Maestro: ¡valiente gabán me ha sacado usted!



—No, señor: no está mal. Lo que sucede es que se ponen Vds. las prendas de cualquier manera. Y voy a demostrárselo.



—Súbasele un poco más de hombros;



ciñásele algo más de cintura,



arréglese estas arrugas....



y... divinamente.



.....y dicen que aun cuando Vd. y Antonio se presentan como casados, no lo son Vds.
—Pues mienten, porque él sí que lo es. ¡Juro á Vd. que él lo es!

JUVENTUD ETERNA

¡Ya soy vieja!—me decía una célebre hermosura que con inmensa amargura su vejez llegar veía.

—¿Te acuerdas de lo que fui —decía—y con cuánta fé á tantos hombres amé que se morían por mí?

¡Ay! de llorar me dan ganas viendo, entre sordos dolores, cómo se van los amores y cómo vienen las canas!

Y en tranquila soledad fuimos conquista á conquista contándonos, y la lista resultó una enormidad.

Mas repasando uno á uno triunfos, glorias y quebrantos, resultaba que entre tantos amantes, no amó á ninguno

Á este quiso por sincero; á estotro por consecuente; á uno porque era valiente, al otro por caballero.

Á uno para dar martirio al que de ella se alejaba; á otro porqué la ofuscaba con su amoroso delirio.

De éste la rindió el tesón; y de éste la rectitud; amó á mil por gratitud y á otros mil por compasión.

Y fuimos probando así que á quel corazón hidalgo á todos quiso por algo y á ninguno porque sí.

—Torna á empezar la madeja —le dije, —y que el tiempo aguarde; y ella dijo:—Ya es muy tarde: ¿no ves que voy siendo vieja?

La dejé con amargura, pensando al ver su aflicción, lo pasajeras que son las glorias de la hermosura; y de vista la perdí, y al año me la encontré, y tan cambiada la hallé, que apenas la conocí.

Como despierta de un sueño quien su ventura soñaba, así el placer se pintaba en su semblante risueño.

Y con alegre rubor me dijo en cuanto la ví: —Te vas á reir de mí... ¡pero estoy loca de amor!

—¿Por quién?

—Por un sér vulgar.

—¿Jóven?

—De su edad no sé.

—¿Tendrá talento?

—No á fé.

—¿Es guapo?

—Puede pasar.

No me pidas la razón de este amor grandey sincero; yo sólo sé que le quiero con todo mi corazón; que siento en mí renacer mis alientos juveniles; que en mis alegres abriles no fui niña ni mujer, ni amante, ni enamorada, ni vehemente, ni dichosa... Si esto es amor, esto es cosa que no se parece á nada!

Pienso que el tiempo me deja hacer un alto en la vida: yo estaba ayer confundida. ¿Verdad que no soy tan vieja?

—¡No!—la dije,—tú serás feliz cual tu alma merece: si el corazón no envejece, ¿qué te importa lo demás?

¡Ama!... que al alma indemnizas

de su pasada aflicción, y es Fénix el corazón que nace de sus cenizas.

Y en fin, le dije al partir: mujer que sabe sentir sabe al tiempo avasallar; ¡y es que cuando empieza á amar es cuando empieza á vivir!

EUSEBIO BLASCO.

EL JUZGADO MUNICIPAL

—Buenos días. (Pausa breve). Buenos...

—¡Ya lo hemos oído!

—Perdone usted: como no me contestan...

—Señor mío, es que aquí no estamos para perder el tiempo en cumplidos. —Ya, ya...

—¿Qué quería usted? —Saber si es este el Registro civil.

—Sí, señor.

—Corriente. Pues vengo á inscribir un niño que nació en el veinticuatro, ayer, á las siete y pico.

—¿Es usted su padre?

—Creo

que sí, señor.

—Necesito saberlo de cierto.

—Bien;

pues lo soy.

—¿Y es de legítimo matrimonio?

—¡Por supuesto!

—Por supuesto no: lo mismo podía ser natural, ó cosa por el estilo.

—Tiene usted razón.

—Pues, bueno;

hacen falta dos testigos que puedan acreditar que es usted el padre del chico.

—¡Va á ser difícil, caramba!... Diga usted: ¿servirá un primo de mi señora?

—Según

y conforme.

—Se lo digo á usted, porque casi, casi, ha visto nacer al niño.

—¡Ah, pues sirve!

—Lo peor

es que falta otro testigo.

—No importa; por tres pesetas lo encontrará usted aquí mismo.

—¿Quién?

—Yo, ú otro compañero cualquiera, y sin compromiso ninguno. Por consiguiente, puede usted traer al chico en seguida.

—¡Hombre, por Dios! ¡Traerle con este frío!...

¡Eso es una atrocidad!

—Pues no hay más remedio...

Digo,

á menos que quiera usted

que se haga en su domicilio la inscripción, en cuyo caso ya sabe usted que es preciso gratificar al que vaya, con algo.

—Sí, comprendido.

—Porque no es obligatorio, ¿comprende usted?

—Por lo visto.

¿De modo que aquí hace falta dar dinero á todo Cristo?

—Así se acostumbra.

—Bueno;

pues yo vendré con el chico, aunque, por culpa de ustedes, se me muera en el camino.

—Entonces no venga usted sin traerse dos testigos documentados, la cédula personal, un volantito de la alcaldía, la fe de matrimonio, el recibo de la casa...

—Sí, señor,

y un revolver de seis tiros.

¡Qué escándalo! ¿Quiere usted ver cómo no le registro?

—Por mí, haga usted lo que quiere.

—¿Sí? ¡Pues delo usted por visto!

J. LÓPEZ SILVA.

A MUCHOS Y A NINGUNO

Pero, vamos á ver: ¿no se te cae la cara y todo el cuerpo de vergüenza al mirarte al espejo esa barbaza que te da en la mitad de la pechera, y al leer, si es que lees alguna cosa, lo que dice tu cédula de vecindad: respecto de tus años, ventisiete cumplidas primaveras, y tocante al oficio, ó beneficio, profesión: estudiante.... (¡Buena breva!)

¿No te has considerado.... cualquier cosa.... menos hombre de honor y de conciencia, al mirar que á tus años no has ganado ni una triste peseta, ni eres capaz de calcular lo mucho que el conseguirla cuesta? ¿Qué significa para tí el trabajo? ¿Qué vale para tí la inteligencia? ¡Trabajo!.... inteligencia!.... ¡Cualquier cosa! dirás, haciendo desdeñosa mueca. Sí, ya lo sé. De sobra te conozco y aun adivino todo lo que piensas. Trabaja.... ¡para qué! Mientras tu madre te llene los bolsillos de pesetas, darle tormento á las cuidadas manos sería—¿no es verdad?—tontuna y media. Y por igual razón, ¿á qué conduce que estudies y termines la carrera?

Es más sano y mejor y más bonito tener cuatro docenas de camisas rayadas, tableadas, de todos los sistemas, y un frac ó dos, y dos ó tres levitas, y un *smocking*, el *summum* de las prendas. ¡Vaya si dan quehaceres esas cosas! ¡Vaya si el tiempo rueda insensible, veloz, hasta el extremo

de no pasar medio minuto en huelga! ¡Vaya si representa gran trabajo!

¡Vaya si hay que esforzar la inteligencia! Cuenten, si gustan, los contrarios necios, y despacio porque es prolija cuenta:

Castellana, Retiro, el Real y la Comedia; Español, pocas veces; última hora, Eslava; luego á Viena á tomar chocolate en compañía de la Rubia, la Clara y la Gallega; después no es caso raro que el ánimo se encienda; se enciende y ¡qué demonio! á cenar en las Ventas, y hasta las doce del siguiente día no termina la *juerga*. Esto por una parte; por la otra, el *lunch* de la marquesa, la *soirée* del barón de la Castaña y la campestre fiesta que suele dar los jueves por la tarde el empingorotado Valenzuela. ¡Vaya si representa gran trabajo! ¡Vaya si hay que esforzar la inteligencia!....

Bueno; pero mañana, ó cualquier día, no es raro que suceda: le gastas á tu madre la última peseta, no sabes trabajar.... y ¡adiós, *smocking*, el *summum* de las prendas! Pero esto es pesimismo. Tú disfruta, porque ese día llega... cuando llega, y dar tormento á las cuidadas manos es impropio de manos tan pequeñas.

ANTONIO MONTALBÁN



Hace dos semanas anuncié á Vds. que estaba próximo á entrar en prensa el *Almanaque de LA SEMANA COMICA para 1893*.

Y con tan plausible motivo, suplicaba á los señores que quisieran honrarme colaborando en él, me mandasen sus trabajos antes del 15 del actual, fecha en que terminaba el plazo de admisión de originales.

Pues bien: de acuerdo consigo misma, esta Dirección, en uso de las facultades

que no le niega ninguna de las leyes vigentes, ha acordado prorrogar el citado plazo hasta el día 25 del *que rige*.

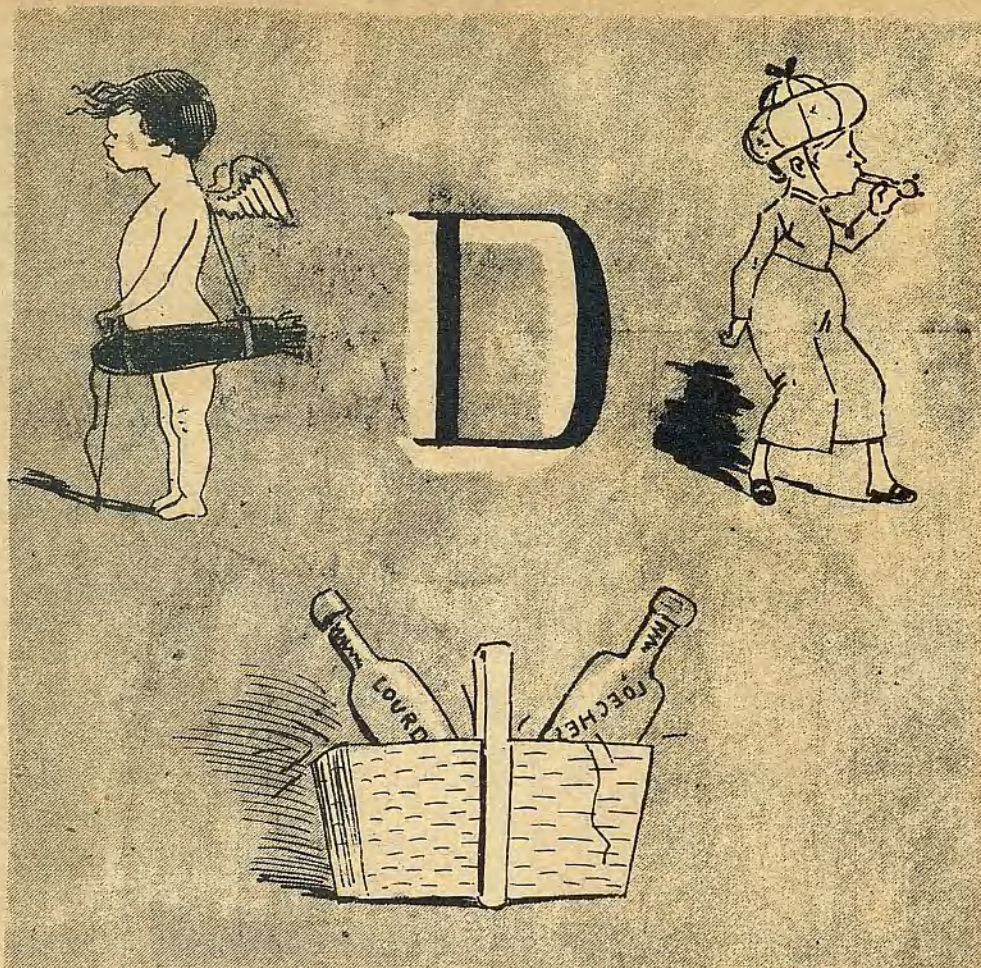
Lo cual deben tener

presente los señores que nos han anunciado su propósito de mandarnos trabajos.

El almanaque no saldrá hasta los primeros días de Diciembre.

¡Y si vieran Vds. el trabajito que me está dando!

Imprenta de Amat y Martínez, Pasaje Baños letras K. L.—Barcelona



(La solución en el número próximo.)

ANUNCIOS

CORRESPONSAL EXCLUSIVO
PARA LA VENTA DE "LA SEMANA CÓMICA"
EN MADRID

D. Cipriano Sobrino.-Ayala, 11

FOTOGRAFÍAS INTERESANTES

Catálogo, 50 cts. en sellos de correo.

The Publishing Office. — Amsterdam

LA SEMANA CÓMICA

PERIÓDICO LITERARIO. FESTIVO, ILUSTRADO

PRECIOS DE SUSCRIPCION

PENÍNSULA, BALEARES Y CANARIAS

ULTRAMAR Y EXTRANJERO

Semestre: 5 pesetas.
Año. 8 »

Semestre. 750 pesetas.
Año. 1250 »

Redacción y administración: Vertrallans, 3. principal